

Bibliografía de Pedro Flores

PEDRO FLORES (Las Palmas, 1968). Ha publicado los libros de poesía *Simple Condicional* (1994), *Memorial del olvido* (1996), *La vida en ello* (1997), *El complejo ejercicio del delirio* (1998), *El ocio fértil* (1998), *Nunca prendimos París* (1998), *La poética del fakir* (1999), *Diario del hombre lobo* (2000), *Con la vida en los talones. Antología poética 1992-2002* (2003), *Al remoto país donde sonríes* (2006) y *En los planes de nadie* (2007). También es autor de un libro de poemas para niños; *Fieras sin música* (2005) y de los libros de relatos *Capitanes de azúcar* (2007) y *La verdad no importa* (2007).

MINOS ENTRE LA MULTITUD

Con una sucia túnica y la barba crecida,
hay días y hay madrugadas en que el rey
se mezcla con las multitudes del mercado,
con los ahogados en el vino de las cantinas.
Nadie le reconocerá;
para ellos sólo es el hijo de Zeus,
el perfil de las huidizas monedas.
A las vendedoras y a los marineros borrachos,
a los soldados y a los comerciantes en púrpura,
mendigo, peregrino, anciano el rey interroga
sobre el secreto horror del laberinto:
-¿Qué sabes, muchacha, del engendro
que dicen esconde el ingenio de Dédalo?
-Sé que cuando la pobreza y la desgracia
no nos caben en la casa,
que cuando las guerras de Minos
escupen a los hombres hechos sólo cenizas
y un escudo abollado,
nos sentamos mirando a palacio
sobre la suave colina desde donde el sol reverbera
en las sagradas puertas de bronce
y reímos,
reímos como sólo lo saben hacer los miserables.

RELACIONES Y EPITAFIO DE GASTÓN BAQUERO

Era el esclavo preferido de Nefertiti.
Era el médico de las estatuas quemadas por la luna.
Era el vigía de Marcel Proust en la bahía de Corinto.
Era el hermano negro de Stéphane Mallarmé.
Era el coreógrafo de Manuela Sáenz y Giuseppe Garibaldi.
Era el que hacía llover bajo el paraguas de Vallejo.
Era el mezclador de colores de Alberto Durero.
Era el afinador de claves de Juan Sebastián Bach.
Era el depositario de la roja peluca de Vivaldi.
Era el que llevaba naranjas a Salterio Whitman.
Era el compañero de pintas de Dylan Thomas.
No nació en Cuba: nació en un sueño de Saúl sobre la espada.

Y con todo eso, otro día, ¡chas!,
en medio del sucedáneo de primavera de Madrid
cayó de su chaleco aquella ceiba invisible,
y aquí yace cubierto por las borras del café,
náufrago inocente en la arena del destierro,
aquí yace, Gastón Baquero.

AUTOESTOPISTA HACIA NOD

...y andarás por ella fugitivo y errante
Génesis, IV, 12.

Pasa un camión lleno de fedayines.
Pasa un unicornio de acero
marcado con barras y estrellas; la divisa del Señor.
Pasa un poeta cuyos pies nunca hollarán este lodo.
Pasa Jimmy Dean en un automóvil caro
y se detiene para decirme
¡eh! yo te comprendo,
aquí tienes mis gafas oscuras
con las que mirar la eternidad sin deslumbrarte.
Pasa Alejandro de Macedonia;
pero cómo detener el galope de Bucéfalo,
que esta noche rumiará la hierba de Persia.
Pasa el Profeta con una manta y un sueño.
Pasan ejércitos que engullirá el tiempo
con un simple gesto de sus fauces de polvo.
Pasan pájaros llegados del invierno
rumbo a las aguas quietas de Chat-el-Arab
sin saber que del oasis queda una ciénaga
salpicada de plomo.
Pasa micer Marco Polo
con las credenciales del Dux para el Gran Kan
en algún lugar de sus ropajes
olorosos aún a sal de Venecia.
Pasan los hombres que plantan los oleoductos
que desembocan en oficinas de Londres,
en autos de Tokio,
en palacetes de Riad.
Pasan peregrinos y cruzados.
Pasan caravanas y reactores.

Yo sigo al borde del camino,
mi pulgar hacia arriba.

Pero nadie recoge a un asesino;
ni siquiera aquellos
que van o vuelven
de matar.

EL VIOLINISTA DEL TITANIC

El vigía no vio el hielo.
El capitán no vio el peligro.
El armador no vio las prioridades.
La primera clase no vio a la tercera clase.
El radiotelegrafista no vio respuesta.
Lady Rothschild no vio su estola.
Los maquinistas no vieron el cielo.

Pero el violinista, ah, el violinista
lo entendió todo de repente;
reunió en la cubierta al resto
de la pequeña orquesta
mientras hombres y mujeres
que creyeron tenerlo todo comprendieron
lo desnudos que estaban ante la tragedia
y tocó,
tocó como nunca había tocado,
tocó para él,
tocó quizá para alguien que en vano
le esperaría entre las brumas
de un muelle apretando los puños,
y se ahogó con la muerte en el gélido mar
del cruel abril de mil novecientos doce.
De ese modo te quiero:
Inmune al miedo y al frío,
mientras el mundo se desmorona en torno nuestro,
sin esperar que nadie me rescate,
dándote la música de mi alma
hasta que el agua me llegue al cuello.